

APUNTES DE LINGÜÍSTICA

¿**N**O es interesante preocuparse en el origen de las palabras? Interesante y útil, porque no está de más saber lo que realmente queremos decir.

Son, no obstante, muy escasos los que se inclinan por estas cosas. Usan de un instrumento que tienen a mano, sin saber de dónde viene ni por quién fué construído. Y suelen usarlo mal, lo que trae grandes consecuencias.

Lo principal es establecer cómo nació el lenguaje en el hombre. ¿Se pasó lentamente del grito de las bestias a las articulaciones mas simples? Es lo que piensa la mayoría de los sabios. Renan (*De l'origine du langage*) no es de esta opinión: para él el lenguaje nació en el hombre con el despertar de la conciencia. Piensa también que debe desecharse la idea de un dialecto primitivo, origen de todas las lenguas: el lenguaje debió aparecer en distintas regiones y seguir un desarrollo distinto. Así puede explicarse que el chino, por ejemplo, sea tan diferente de las lenguas indo-europeas y semíticas. Resulta más lógico buscar en la diversidad de las razas la diversidad de los idiomas. El espíritu de cada pueblo guarda estrecha conexión con su lengua. La raza religiosa y sensual de los pueblos semíticos se revela en esas lenguas enteramente físicas, en las cuales la abstracción es desconocida y la metafísica imposible. Organos de una raza monoteísta, llamada a simplificar el espíritu humano y a fundar en el mundo, por la triple predicación judía, cristiana y musulmana, una religión más razonable, las lenguas semíticas no tienen perspectivas, arranques ni matices. Las lenguas semíticas ignoran casi el arte de subordinar los miembros de la frase los unos a los otros. Llanas y sin inversiones, no conocen otro

procedimiento que la yuxtaposición de las ideas, a la manera de la pintura bizantina. Carecen enteramente de estilo. Juntar las palabras en una proposición es su último esfuerzo; y no son capaces de hacer igual cosa con las proposiciones.

Por el contrario, así como la investigación reflexiva, independiente, severa, audaz, filosófica de la verdad, parece haber sido la herencia de esta raza indo-europea que, desde el fondo de la India hasta la extremidad del Occidente y del norte, desde los siglos más lejanos hasta los tiempos modernos, ha tratado de explicar a Dios, al hombre y al mundo por la ciencia: asimismo las lenguas de esta familia parecen creadas para la abstracción y la metafísica. Muestran una flexibilidad maravillosa para expresar las relaciones más íntimas de las cosas por las flexiones de sus nombres, por los tiempos y los modos tan variados de sus verbos, por sus palabras compuestas, por la delicadeza de sus partículas. Son las lenguas del idealismo, y no podían aparecer sino en una raza filosófica, y una raza filosófica no podría desarrollarse sin ellas.

Y, por último, el idioma chino, con su estructura inorgánica e incompleta, monosilábico, sin flexiones, sin gramática, ¿no es la imagen de la sequedad de espíritu y de corazón que caracteriza a la raza china? Suficiente para las necesidades de la vida, para la técnica de las artes manuales, para una literatura ligera de baja ley, para una filosofía que no es sino la expresión, a menudo fría, pero nunca elevada, del buen sentido práctico, la lengua china excluye toda filosofía, toda creencia, toda religión, en el sentido que nosotros damos a esos vocablos.

Cree igualmente Renan que la onomatopeya ha sido la ley del lenguaje primitivo. La elección del nombre de las cosas no pudo ser algo arbitrario; y se puede afirmar que de todas las palabras actualmente usadas no habrá una sola que no tenga una razón suficiente, y no se relacione, a través de mil transformaciones, con una elección primitiva. El motivo determinante para la elección de las palabras ha debido ser, en la mayor parte de los casos, el deseo de imitar el objeto que se quería expresar. El verbo «romper», por ejemplo, se expresaba en sánscrito por *rug*, en alto-bretón por *rogan*, en latín por *frac*, y por *brechen* en alemán. ¿No es esto la expresión del ruido en sus distintos matices? Resumen: la elección del nombre no fué nunca arbitraria, sino siempre motivada.

* * *

El profesor ginebrino Ferdinand de Saussure (*Cours de Linguistique Générale*) aborda el problema con mayor profundidad, y deduce leyes interesantísimas.

Se cree comunmente — dice — que un idioma se altera más rápidamente cuando la escritura no existe: nada más falso. El lituano no es conocido por documentos escritos sino desde 1540; pero en esta época tardía ofrece, en su conjunto, una imagen tan fiel del indo-europeo como el latín del siglo III antes de Jesucristo. Esto sólo basta para demostrar cuán independiente de la escritura es la lengua.

Lo esencial es que hay un desacuerdo permanente entre la escritura y la pronunciación. Las causas son numerosas, pero basta señalar las más importantes. Ante todo, las lenguas evolucionan sin cesar, mientras que la escritura tiende a quedar inmóvil. Consecuencia: que la escritura concluye por no corresponder a lo que debe representar. Ejemplo: en el siglo XI se pronunciaba *reí*, *leí* en francés y se escribía *rei*, *lei*. En el siglo XIII empezó a pronunciarse *roí*, *loí* y a escribirse *roi*, *loi*. En el siglo XIV ya se pronunciaba *roé*, *loé* y se continuó, no obstante, escribiendo *roi*, *loi*. En el siglo XIX ya se pronunciaba *ruá*, *luá*, como ahora, y ha continuado escribiéndose *roi*, *loi*, como en el siglo XIII.

Otra causa de desacuerdo entre la grafía y la fonética: cuando un pueblo proporciona a otro su alfabeto, ocurre a menudo que los recursos de ese sistema gráfico no se adaptan completamente a la nueva función. Hay necesidad entonces de recurrir a expedientes: se usará, por ejemplo, dos letras para designar un solo sonido; es el caso para el sonido de las lenguas germánicas que se representa por *th*, debido a que en el alfabeto latino no existe ninguna letra que lo represente. El rey merovingio Childerico trató de añadir a las letras latinas un signo especial para ese sonido; pero no tuvo éxito, y el uso consagró a *th*. El inglés de la edad media tenía una *e* cerrada (por ejemplo en *sed*, «semilla») y una *e* abierta (por ejemplo en *led*, «conducir») y no encontrando en el alfabeto signos distintos para esos dos sonidos, se imaginó escribir *seed* y *lead*.

Largo de enumerar sería esto de las inconsecuencias de la escritura. Así en francés se emplean tres signos para indicar un solo sonido: *j*, *g*, *ge* (*joli*, *geler*, *geai*). Vale aun señalar las «grafías indirectas». Bien que en alemán no haya consonantes dobles, en *Zettel*, *Teller*, etc. se escribe *tt*, *ll* con el solo fin de indicar que la vocal precedente es breve y abierta. Es por una aberración del mismo género que el inglés añade una *e* muda final para alargar la vocal que precede: comparad *made*

(pronunciado *meid*) y *mad* (pronunciado *mad*). Pero, en fin, las consonantes dobles tienen algún fin en estos idiomas. En francés las dobles consonantes en *souffrir, bourru, sottise*, etc., son ilegítimas e innecesarias. Ocurre también que no siendo fija y buscando su regulación, la escritura titubee; de ahí esas ortografías fluctuantes que representan los ensayos hechos en diversas épocas para figurar los sonidos. Así en *ertha, erdha, erda*, o bien *thri, dhri, dri* del antiguo alto-alemán, *th, dh, d* representan el mismo elemento fónico, ¿pero cuál? Imposible saberlo por la escritura. El resultado evidente de todo esto es que la escritura empaña la vista de la lengua: ella no es un vestido sino un disfraz. Se ve bien por la ortografía de la palabra francesa *oiseau*, en la cual ni uno solo de los sonidos de la palabra hablada (*uazó*) está representado por su signo propio; no resta nada de la imagen de la lengua. Otro resultado es que mientras menos la escritura representa lo que debe representar, más se refuerza la tendencia a tomarla por base. Los gramáticos se encarnizan en llamar la atención sobre la forma escrita. ¿Con qué fin se conserva en francés la *h*, si no representa sonido alguno? En un tiempo la *h* era aspirada en las palabras de origen germánico: *hache, hareng, honte*, etc.; pero la *h* aspirada no existe ya. Es un signo inútil. (Lo mismo puede decirse respecto del español.)

Punto importante es establecer si ha existido alguna razón determinante para dar este nombre y no otro a cada cosa. Y habrá que llegar a la conclusión de que nada liga al significante con el significado; o más claro: que el signo es arbitrario. Así la idea de *soeur* («hermana») no está ligada por ninguna razón interior con la serie de sonidos *s - o - r*, que le sirven de significante; podría ser representado por cualquier otro: lo comprueban las diferencias entre las lenguas y la existencia misma de lenguas diferentes. El significado *boeuf* («buey») tiene por significante *b - o - f* en Francia y *o - k - s* (*ochs*) al otro lado de la frontera. Podría uno apoyarse sobre la onomatopeya para decir que la elección del significante no es siempre arbitraria. Pero ellas no son nunca elementos orgánicos de un sistema lingüístico. Su número es, por lo demás, mucho menor de lo que se cree. Palabras francesas como *fouet* («látigo») o *glas* («campaneo funerario») pueden impresionar ciertos oídos por su sonoridad sugestiva; pero para ver que no tienen ese carácter desde el origen, basta remontar a sus formas latinas (*fouet* deriva de *fagus*, «haya, árbol»; *glas* — *clasicum*). La cualidad de sus sonidos actuales, especialmente la que se le atribuye, es un resultado fortuito de la evolución fonética. En

cuanto a las onomatopeyas auténticas (las del tipo *glu - glu, tic - tac*, etc.), no solamente son poco numerosas sino hasta cierto punto arbitrarias, puesto que no son sino imitaciones aproximadas y semi-convencionales de ciertos ruidos. Por otra parte, una vez introducidas en las lenguas, son más o menos arrastradas por la evolución fonética, etc., que sufren las otras palabras (v. g. *pigeon*, del latino vulgar *pipio*, derivado el mismo de una onomatopeya), prueba evidente de que han perdido algo de su carácter primitivo para recibir el del signo lingüístico en general, que es inmotivado.

Ahora, si con relación a la idea que representa, el significante aparece como libremente elegido, en desquite, con relación a la comunidad lingüística que lo emplea, no es libre. La masa social no es para nada consultada, y el significante elegido por la lengua no podría ser reemplazado por otro. Este hecho, que parece envolver una contradicción, podría ser llamado familiarmente «la carta forzada». Se dice a la lengua: «¡Elegid!» pero se añade: «Será ese signo y no otro.» No sólo cualquier individuo no podría, si lo quisiera, modificar en ningún sentido la elección ya hecha, sino la masa misma no puede ejercer su soberanía sobre ninguna palabra: está ligada a la lengua tal como es. En el hecho, ninguna sociedad conoce ni ha conocido nunca la lengua de otra manera que como una herencia de las generaciones precedentes. Es por eso que la cuestión del origen del lenguaje no tiene la importancia que se le atribuye generalmente. En todo instante, la solidaridad con el pasado hace fracasar la libertad de elegir. Decimos «hombre» y «perro» porque antes de nosotros se ha dicho «hombre» y «perro».

Pero el tiempo, que asegura la continuidad de la lengua, tiene otro efecto, en apariencia opuesto al primero: el de alterar más o menos rápidamente los signos lingüísticos, y en un cierto sentido se puede hablar a la vez de la inmutabilidad y de la mutabilidad de la lengua. Y cualesquiera que sean los factores de alteración, que se traten aisladamente o combinados, tienden siempre a un *desplazamiento de la relación entre el significante y el significado*. Un ejemplo: el latín *ne-care*, que significa «matar» se ha convertido en el francés *no-yer* (ahogar). Es que una lengua es radicalmente impotente para defenderse contra los factores que desplazan, de instante en instante, la relación del significado y del significante. Es una de las consecuencias de lo arbitrario del signo.

Por otra parte, estos cambios que sufren las lenguas son debidos a diversas causas. Un ejemplo: en francés el acento

cae siempre sobre la última sílaba, a menos que ésta tenga una *e* muda. Es un hecho sincrónico, una relación entre el conjunto de las palabras francesas y el acento. ¿De dónde deriva? De un estado anterior. El latín tenía un sistema de acentuación diferente y más complicado: caía el acento sobre la penúltima sílaba cuando ella era larga, y si era breve, sobre la antepenúltima (ejemplo: *amicus*, *ánima*). Esta ley evoca relaciones que no tienen la menor analogía con el francés. Sin duda, es el mismo acento que ha permanecido en la misma colocación: en la palabra francesa cae siempre en la sílaba que lo llevaba en latín: *amicum*: «ami»; *anima*: «âme». Así, pues, todo lo que estaba después del acento, o ha desaparecido o se ha reducido a *e* muda. En cuanto a los hechos semánticos, se deben a causas particulares; no son sino un accidente entre todos los que registran la historia de la lengua. Si el francés *poutre* significaba antes «yegua» y ahora una gran pieza de madera, «viga», es por un motivo aislado y no debido a hechos que hayan ocurrido en el mismo tiempo. En conclusión, se puede sentar el principio de que todos los cambios en la lengua son debidos a la palabra, no a la escritura. En el lenguaje hablado está el germen de todos los cambios: cada cambio es lanzado por cierto grupo de individuos antes de entrar en el uso. El alemán moderno dice *ich war*, *wir waren*, mientras que el antiguo alemán, hasta el siglo XVI, conjugaba: *ich was*, *wir waren* (el inglés dice aun: *I was*, *we were*). ¿Cómo se ha efectuado esta sustitución de *war* a *was*? Algunas personas, influenciadas por *waren*, crearon *war* por analogía; eso era un hecho parlante; esta forma, a menudo repetida, y aceptada por la comunidad, se hizo un hecho en la lengua.

De Saussure divide la lingüística en dos partes: *diacrónica* y *sincrónica*. La primera estudia la lengua a través del tiempo, la segunda dentro de una época. Desde el punto de vista sincrónico, cree que para determinar el valor de un vocablo debe procederse igual que con las monedas: 1.º determinar lo que se puede comprar con determinada moneda; 2.º, compararla con un valor similar del mismo sistema: un franco con un dólar, etc. Así el vocablo puede compararse con una idea, o con un vocablo similar. Si tomamos, por ejemplo, la palabra francesa *mouton* veremos que representa un animal, el macho de la oveja; si la comparamos con el inglés *sheep*, nos encontraremos con que no tiene el mismo valor, y eso por varias razones, en particular porque al hablar de un trozo de carne cocida y servida a la mesa el inglés dice *mutton* y no *sheep*. La diferencia de valor entre *sheep* y *mouton* viene de

que el primero tiene a su lado un segundo término, lo que no ocurre en francés. Si las palabras hubieran sido encargadas de representar conceptos dados de antemano, cada una tendría, de una lengua a otra, correspondientes exactos; pues bien, nada de esto ocurre. En francés se dice indiferentemente *louer une maison* (arrendar una casa) por «prendre à bail» (tomar en alquiler) y «donner à bail» (dar en alquiler), y el alemán para lo mismo emplea dos términos: *mieten* y *vermieten*.

El mecanismo de la lengua puede ser presentado bajo otro aspecto particularmente importante. El principio fundamental de lo arbitrario del signo no impide distinguir en cada lengua lo que es radicalmente arbitrario, es decir inmotivado, de lo que no lo es sino relativamente. Sólo una parte de los signos es absolutamente arbitraria; en otros interviene un fenómeno que permite reconocer grados en lo arbitrario sin suponerlo: *el signo puede ser relativamente motivado*. Así, *veinte* es inmotivado; pero *diecinueve* no lo es en el mismo grado, porque evoca los términos de que se compone: «diez» y «nueve». Ocurre lo mismo con *peral* que evoca la palabra simple *pera* y cuyo subfijo *al* hace pensar en *nogal*, etc. En un cierto sentido se podría decir que las lenguas en las cuales lo inmotivado alcanza su máximo son más *lexicológicas* y aquellas donde se baja al mínimo, más *gramaticales*. El inglés da mucho más lugar a lo inmotivado que el alemán; pero el tipo de lo ultra-lexicológico es el chino, mientras que el indo-europeo y el sanscrito son espécimens de lo ultra-gramatical. En el interior de una misma lengua todo el movimiento de la evolución puede ser marcado por un paso continuo de lo motivado a lo arbitrario y de lo arbitrario a lo motivado; ese vaivén tiene a menudo por resultado desplazar sensiblemente las proporciones de esas dos categorías de signos. Así el francés se caracteriza con relación al latín, entre otras cosas, por su enorme acrecimiento de lo arbitrario. Mientras que en latín *inimicus* recuerda *in* y *amicus* y es motivado por ellos, *ennemi* no es motivado por nada, entra en lo arbitrario absoluto, que es, por lo demás, la condición esencial del signo lingüístico.

Entrando a estudiar la lengua desde el punto de vista diacrónico (a través del tiempo) hace notar de Saussure que el cambio fonético no afecta al vocablo sino a los sonidos. Es un «fonema» el que se transforma; acontecimiento aislado, como todos los acontecimientos diacrónicos, pero que tiene por consecuencia alterar de una manera idéntica todas las palabras donde figura el fonema en cuestión: en ese sentido los cambios fonéticos son absolutamente regulares. En alemán

toda *i* larga se ha convertido en *ei*, después en *ai*; *win*, *triben*, *lihen*, *zit* han dado *Wein*, *treiben*, *leihen*, *Zeit*. Por el contrario, el diptongo *ie* se ha convertido en *i* larga, pero continúa escribiéndose *ie*. Toda *h* interior ha desaparecido entre vocales: *lihen*, *sehen* = *leien*, *seen* (escritas *leihen*, *sehen*). Toda *w* se ha transformado en *v* labiodental (escrita *w*): *wazer* = *wasr* (*Wasser*). En francés la *l* «mouillé» se ha convertido en *y*: *piller*, *bouillir* se pronuncian *piyé*, *buyir*. En latín, lo que antes fué *s* intervocálica aparece como *r* en otra época: *genesis* = *generis*, *asena* = *arena*. Los ejemplos anteriores muestran ya que los fenómenos fonéticos, lejos de ser siempre absolutos, están lo más a menudo ligados a condiciones determinadas; dicho de otro modo, no es la especie fonológica la que se transforma sino el fonema tal como se presenta en ciertas condiciones de vecindad, de acentuación, etc. Es así que *s* no se ha convertido en *r* en latín sino entre vocales y en algunas otras posiciones; en otras partes subsiste, como en *est*, *senex*, *equos*, etc. En alemán, la *i* larga se convirtió en *ei*, *ai*, pero solamente en sílaba tónica. Los cambios absolutos son absolutamente raros. En cuanto a las causas de los cambios fonéticos, es uno de los problemas más difíciles de la lingüística. Se han propuesto varias explicaciones, y ninguna aporta una luz completa. Se ha dicho que la raza tendría disposiciones que trazarían de antemano la disposición de los cambios fonéticos. Sería esa una cuestión de antropología comparada; pero, ¿el aparato fonatorio varía de una raza a otra? No, como no varía de un individuo a otro: un negro trasplantado desde su nacimiento a Francia habla el francés tan bien como los indígenas. Además, cuando uno se sirve de expresiones tales como «el órgano italiano» o «la boca alemana no admite eso» se corre el riesgo de transformar en carácter permanente un hecho puramente histórico. También se han considerado a menudo los cambios fonéticos como una adaptación a las condiciones del suelo y del clima. Ciertas lenguas del norte acumulan las consonantes, ciertas lenguas del sur hacen un más vasto empleo de las vocales, de donde su sonido armonioso. El clima y las condiciones de la vida pueden bien influir sobre la lengua, pero el problema se complica desde que se entra en detalles; así al lado de los idiomas escandinavos, tan cargados de consonantes, los de los Lapones y Fineses son más vocálicos que el italiano mismo. Nos encontraremos aún con que la acumulación de consonantes en el alemán actual es, en muchos casos, un hecho muy reciente, debido a la caída de las vocales postónicas. Se ha hecho intervenir en tercer

lugar la ley del menor esfuerzo, que reemplazaría dos articulaciones por una sola, o una articulación difícil por una más cómoda. Esta idea es digna de examen; puede elucidar la causa del fenómeno en una cierta medida, o indicar al menos la dirección en que deba ser buscada. La ley del menor esfuerzo parece explicar cierto número de casos; la caída de masas enormes de sílabas finales en muchas lenguas, los fenómenos de asimilación (ejemplo: indo-europeo *atnos*; latín *annus*); la monotongación de los diptongos, que no es sino una variedad de la asimilación (ej.: francés *ai*, pronunciado *é*), etc. Sólo que se podrían mencionar muchos casos en que ocurre lo contrario: a la monotongación se puede oponer el cambio de *i* larga, *u* larga y *ü* alemana en *ei*, *au*, *eu*. Si se pretende que la abreviación eslava de *a* y *e* largas en *a* y *e* breves es debida al menor esfuerzo, entonces es necesario pensar que el fenómeno inverso presentado por el alemán, en donde la *a* breve de *fater* se ha convertido en *a* larga en *Vater*, por ejemplo, es debido al mayor esfuerzo. Si se tiene la sonora por más fácil de pronunciar que la sorda (ej.: latín *opera*; provenzal *obra*) la inversa debe costar un esfuerzo más grande, y sin embargo, el español ha pasado de *l* a *j* (*filius*: «hijo») y el germánico ha cambiado *b*, *d*, *g* en *p*, *t*, *k*. Si a la pérdida de la aspiración (indo-europeo *bhero*; germ. *beran*) se la señala como una disminución del esfuerzo, ¿qué decir del alemán que la pone allí donde no existía (*Tanne*, *Pute*, etc., pronunciadas *Thanne*, *phute*)? Estas citas no pretenden refutar la solución propuesta. En el hecho, no es posible determinar para cada lengua lo que es más fácil o difícil de pronunciar. Si es verdad que la abreviación corresponde a un menor esfuerzo en el sentido de la duración, es también verdad que las pronunciaciones despreciadas caen a través del tiempo y que la breve exige mayor supervigilancia. Para ser completo, habría, pues, que hacer un estudio más vasto y considerar a la vez el punto de vista fisiológico (cuestión de articulación) y el punto de vista psicológico (cuestión de atención). Otra explicación en favor desde hace algunos años atribuye los cambios de pronunciación a nuestra educación fonética en los primeros años. El niño llega a pronunciar bien después de muchas repeticiones y tanteos. Así, es frecuente que cambie la *s* en *t*, la *f* en *p*, etc. Ciertos errores no corregidos se fijarían en la generación que crece. Estas comprobaciones merecen toda atención, pero dejan el problema intacto; en efecto, no se ve por qué una generación conviene en retener los errores y las otras no; en el hecho, la elección de las pronunciaciones viciosas aparece arbitraria y

no se divisa su razón. Esta observación se aplica, por lo demás, a todas las causas precedentes, si su acción es admitida: la influencia del clima, la predisposición de la raza, la tendencia al menor esfuerzo existen de una manera permanente o durable; ¿por qué, entonces, obra de una manera intermitente, tanto sobre un punto, tanto sobre otro del sistema fonológico? Lo que puede establecerse con firmeza es sólo que la acción de los cambios fonéticos es ilimitada e incalculable: no puede preverse donde se detendrá.

Una primera consecuencia del fenómeno fonético es romper el lazo gramatical que une dos o varios términos. Ocurre así que una palabra no aparece claramente como derivada de la otra. Ejemplo: el francés *maison* viene del latín *mansio*; y *ménage* de *mansionaticus*. La conciencia lingüística veía antes en *mansionaticus* el derivado de *mansio*; después las vicisitudes fonéticas los han separado, y ya *ménage* no aparece como derivado de *maison*. Igualmente, el francés *brebis* (oveja) deriva del latín popular *berbix*, y *berger* (pastor) deriva de *berbicarius*, que deriva a su vez de *berbix*. Pero no se ve ya en francés la relación entre *brebis* y *berger*, tanto es así que suele aplicarse el término *berger* al cuidador de bueyes. Estos fenómenos podrían dar lugar a un grave error de interpretación. Cuando se comprueba la identidad relativa del bajo latín *baro*, *baronem* y la disparidad de los vocablos franceses *ber*, *baron*, ¿no se ha pretendido afirmar que una sola y misma unidad primitiva (*bar*) se ha desarrollado en dos direcciones divergentes y producido dos formas? No, porque un mismo elemento no puede ser sometido simultáneamente y en un mismo lugar a dos conformaciones diferentes; eso sería contrario a la definición misma del cambio fonético. Se objetará que el latín *collocare* ha dado lugar a dos vocablos franceses: *coucher* (acostar) y *colloquer* (colocar). No, solamente *coucher*: *colloquer* no es sino un préstamo sabio del vocablo latino, como en los casos de *rançon* (rescate) y *redemption* (redención) que vienen del latín *redemptio*, etc.

Resulta de lo que precede que el fenómeno fonético es un factor de perturbación. Por todas partes crea transformaciones. Felizmente, el efecto de esas transformaciones es contrabalanceado por la analogía. La analogía supone un modelo y su imitación regular. *Una forma analógica es una forma hecha a la imagen de una o varias otras según regla determinada.* Así el nominativo latino *honor* es analógico. Se dijo primero *honos*, *honosem*; luego, por el cambio de la *s* en *r* entre vocablos, *honor*, *honorem*. El radical tenía

desde entonces una doble forma; esta dualidad se eliminó con la forma nueva *honor*, creada sobre el modelo de *orator: oratorem*, etc. En francés se dijo largo tiempo: *il preuve, nous prouvons, ils prouvent*. Hoy se dice *il prouve, ils prouvent*, formas que no pueden explicarse fonéticamente; *il aime* remonta al latín *amat*, mientras que *nous aimons* es analógico con *amons*; se debería decir también *amable* en lugar de *aimable*. Sobre el modelo de *pension, pensionnaire* se ha formado *reaction, reactionnaire*, etc.

Nada entra en la lengua sin haber sido ensayado por la palabra y todos los fenómenos evolutivos tienen su raíz en la esfera del individuo. Antes que *honor* se hiciese un concurrente susceptible de reemplazar a *honos*, fué necesario que un primer sujeto lo improvisase, que otros lo imitaran y repitieran hasta que se impuso el hábito. Eso sí que no todas las innovaciones analógicas tienen esta buena fortuna. A cada instante se encuentran combinaciones sin día siguiente, que la lengua no adoptará seguramente. La lengua no retiene sino una mínima parte de las creaciones de las palabras; pero las que persisten son lo bastante numerosas para que, de una época a otra, se vea a la suma de las formas nuevas dar al vocabulario y a la gramática una fisonomía del todo diferente. Cada vez que una creación se instala en definitiva y elimina a su concurrente, hay alguna cosa creada y gran cosa abandonada, y a este título la analogía ocupa un lugar preponderante en la teoría de la evolución. Pero una cosa interesa particularmente al lingüista: en la masa enorme de los fenómenos analógicos que representan algunos siglos de evolución, casi todos los elementos son conservados, sólo que se distribuyen de otro modo. Las innovaciones de la analogía son más aparentes que reales. La lengua es un traje cubierto de parches hechos con su propia tela. Los cuatro quintos del francés son indo-europeos, si se piensa en la sustancia de que sus frases se componen, mientras que las palabras transmitidas en su totalidad, sin cambio analógico, de la lengua madre al francés moderno, cabrían en el espacio de una página (por ejemplo, *est*: indo-europeo *esti*, los nombres de números, ciertos vocablos tales como *ours, nez, père, chien*, etc.). La inmensa mayoría de las palabras son, de una manera o de otra, combinaciones nuevas de elementos fónicos arrancados a formas más antiguas. En este sentido se puede decir que la analogía, precisamente porque utiliza siempre la materia antigua para sus innovaciones, es eminentemente conservadora.

Nos ocurre muchas veces que estropeamos la palabra cuya forma y sentido nos son poco familiares, y muchas veces el uso consagra esas deformaciones. Así el antiguo francés *cou-te - pointe*, «colcha» (de *cou-te*, variante de *couette*, «cubierta», y *pointe*, participio pasado de *poindre*, «picar») se ha cambiado en *courte - pointe*, como si eso fuera un compuesto del adjetivo *court* (corto) y del sustantivo *pointe* (punta). Esas innovaciones, por curiosas que sean, no se hacen enteramente al azar: son tentativas para explicar aproximadamente una palabra embarazosa asimilándola a alguna cosa conocida. Se ha dado a este fenómeno el nombre de «etimología popular». A primera vista no se distingue de la analogía. Cuando un sujeto parlante, olvidando la existencia de *surdité* (sordera), crea analógicamente la palabra *sourdité*, el resultado es el mismo que, si comprendiendo mal *surdité*, lo hubiese deformado por recuerdo del adjetivo *sourd* (sordo); y la única diferencia estaría entonces en que las construcciones de la analogía son racionales, mientras que la etimología popular procede un poco al azar y no tiende sino a desbarrar. No obstante, esta diferencia que no concierne sino a los resultados, no es esencial. La diversidad de naturaleza es más profunda. Hay desde luego el caso en que la palabra recibe una interpretación nueva sin que su forma haya cambiado. En alemán *durchblauen*, «moler a palos», remonta etimológicamente a *bliuwan*, «fustigar»; pero se la asimila a *blau*, «azul», a causa de los «azules» producidos por los golpes. El antiguo francés *soufrait*, «privación» (= *sufracta* de *subfrangere*) ha dado el adjetivo *souffreteux* que se asimila ahora a *souffrir*, con el cual nada tiene de común. He aquí, en fin, un caso particularmente instructivo: el latín *carbunculus*, «carboncillo», ha dado en alemán *karfunkel* (por asociación con *funkeln*, «chispear») y en francés *escarboucle*, asimilado a *boucle*. En suma, la etimología popular no obra sino en condiciones particulares, y no alcanza sino a las palabras raras, técnicas o extranjeras, que los sujetos asimilan imperfectamente. La analogía, al contrario, es un hecho absolutamente general, que pertenece al funcionamiento normal de la lengua.

Al lado de la analogía, otro factor interviene en la producción de unidades nuevas; es la aglutinación. La aglutinación consiste en que dos o varios términos originariamente distintos sueldan en una unidad absoluta o difícilmente analizable. He aquí algunos ejemplos: en francés se dijo primero *ce ci* en dos palabras, y más tarde *ceci*, bien que su materia y sus elementos constitutivos no hayan cambiado. Comparad aun:

francés *tous jours* = *toujours*, *des ja* = *déjà*. El contraste entre la analogía y la aglutinación es resaltante: 1.º En la aglutinación dos o varias unidades se confunden en una sola por síntesis (por ejemplo, *encore*, de *hunc horam*) o bien dos subunidades no forman más que una sola. Al contrario, la analogía parte de unidades inferiores para formar una unidad superior. Para formar *pag - anus*, ha unido un radical *pag* y un subfijo *anus*. 2.º La aglutinación no presenta sobre todo nada de voluntario, nada de activo: es un simple proceso mecánico en que la juntura se hace por sí sola. Al contrario, la analogía es un procedimiento que supone análisis y combinaciones, una actividad inteligente, una intención.

En las voces formadas por la analogía hay que distinguir tres elementos: el *prefijo*, la *raíz* y el *subfijo*. La raíz es un elemento irreductible y común a todas las palabras de una misma familia, y no forma nunca por sí sola una palabra. Así, en griego *zeugmation* designa «un pequeño atelaje», *zeugma* un atelaje sin determinación especial, en fin, *zeug* encierra la idea indeterminada de «atelaje». El prefijo precede a la parte de la palabra reconocida como radical, por ejemplo *hupo*, en el griego *hupo - zugnumi*. El *subfijo* es el elemento que se añade a la raíz para formar el radical (ejemplo: *zeug - mat*) o a un primer radical para formar uno de segundo grado (por ejemplo: *zeugmat - io*). El subfijo difiere especialmente del prefijo por un carácter que, sin ser absoluto, es bastante general; es mejor delimitado, porque se desprende fácilmente del conjunto de la palabra. Eso se debe a la naturaleza propia de este elemento; en la mayoría de los casos, lo que resta después de la eliminación de un prefijo hace el efecto de una palabra constituida (v. g., *recomenzar: comenzar; indino: digno; malestar: estar; contrapeso, peso*), etc. Esto es aun más notable en el latín, en el griego y en el alemán. Añadamos que varios prefijos funcionan como palabras independientes: *contra, ante, mal, sobre*, etc. Algo muy distinto pasa con el subfijo: el radical obtenido con la supresión de este elemento es una palabra incompleta; ejemplo: *organización, organiz*, y, por otra parte, el subfijo mismo no tiene ninguna existencia autónoma.

La etimología es definida así por de Saussure: «No es ni una disciplina distinta ni una parte de la lingüística evolutiva: es solamente una aplicación especial de los principios relativos a los hechos sincrónicos y diacrónicos. Remonta en el pasado de las palabras hasta que encuentra alguna cosa que las explique. Cuando se habla del origen de una palabra y

se dice que «viene» de otra, se pueden entender varias cosas diferentes; así el francés *sel* viene del latín *sal* por simple alteración del sonido; *labourer* (trabajar la tierra) viene del antiguo francés *labourer*, «trabajar en general», sólo por alteración del sentido; *couver* (incubar) viene del latín *cubare*, «estar acostado», por alteración del sentido y del sonido; en fin, cuando se dice que *pommier* (manzano) viene de *pomme* (manzana) se marca una relación de derivación gramatical. En los tres primeros casos se opera sobre identidades diacrónicas; el cuarto reposa sobre una relación sincrónica de varios términos diferentes; pues bien, todo lo que se ha dicho a propósito de la analogía muestra que es ella la parte más importante de la investigación etimológica. La etimología de *bonus* es definitiva porque se remonta a *dvenos*; pero si se encuentra que *bis* remonta a *dvis* y que se puede por aquí establecer una relación con *duo*, eso puede ser llamado una operación etimológica; ocurre lo mismo al relacionar el francés *oiseau* con el latín *avicellus*, pues permite encontrar el lazo que une a *oiseau* (pájaro) con *avis*, «ave».

Lo que llama la atención, ante todo, en el estudio de las lenguas es su diversidad, las diferencias lingüísticas que aparecen desde que se pasa de un país a otro, a veces de uno a otro distrito. Si las diferencias en el tiempo escapan a menudo al observador, las divergencias en el espacio resaltan inmediatamente; los salvajes mismos las perciben, gracias al contacto con otras tribus que hablen otra lengua. Por esa comparación cada pueblo tiene conciencia de su idioma. Esto naturalmente hace nacer en los primitivos la idea de que la lengua es una costumbre, una cosa análoga al vestuario y al armamento. El término *idioma* designa precisamente a la lengua como el sello propio de una comunidad (el griego *idioma* tenía ya el sentido de «costumbre especial»). Añadamos aun que cada pueblo cree en la superioridad de su idioma. Un hombre que hable otra lengua es inconscientemente calificado como incapaz de hablar: así la palabra griega *bárbaros* parece haber significado «tartamudos» y ser pariente del latín *balbus*; en ruso los alemanes son llamados los *Nemtsy*, es decir, «los mudos». Y después de haber comprobado que los idiomas diferían, se trató instintivamente de descubrir analogías. Es una tendencia natural de los sujetos parlantes. Pero, cosa curiosa, la ciencia ha ocupado un tiempo enorme en utilizar comprobaciones de este orden; así los griegos, que habían observado muchas semejanzas entre el vocabulario latino y el suyo, no supieron sacar ninguna conclusión lingüística. La

observación científica de esas analogías permite afirmar en ciertos casos que dos o más idiomas están unidos por un lazo de parentesco, es decir, que tienen un origen común. Un grupo de lenguas así aproximadas se llama una familia; la lingüística moderna ha reconocido sucesivamente las familias indo-europea, semítica, bantú, etc. Esas familias pueden, a su turno, ser comparadas entre ellas; pero el parentesco universal de las lenguas no está aun probado; hay una multitud de idiomas irreductibles los unos a los otros. Tal es, por ejemplo, el chino con relación a las lenguas indo-europeas. Eso no quiere decir que la comparación deba abdicar: es siempre posible y útil.

Generalmente se han tomado los límites geográficos como límite de las lenguas; pero en muchos casos no es así: ocurre muchas veces que dos o más idiomas coexisten, el uno al lado del otro, sin mezclarse ni confundirse. Esto se ve muy a menudo, pero es necesario distinguir dos casos. Puede ocurrir primeramente que la lengua de un nuevo pueblo venga a superponerse a la del pueblo indígena. Así en el Africa del Sur, al lado de varios dialectos negros, se comprueba la presencia del holandés y del inglés, resultado de dos colonizaciones sucesivas. Y esto ha ocurrido en todas las épocas: en Irlanda se hablan el céltico y el inglés; muchos irlandeses poseen las dos lenguas. En Bretaña se practican el bretón y el francés; en la región vasca se habla francés o español al mismo tiempo que el vasco; en Finlandia, el sueco y el finés coexisten desde hace largo tiempo, y el ruso se agregó después; Lituania ha visto emplearse al lado del lituano el polaco, consecuencia de su antigua unión con Polonia, y el ruso, resultado de su incorporación al Imperio moscovita. Hasta el siglo XVIII, el eslavo y el alemán estaban en uso en toda la región oriental de Alemania a partir del Elba. En ciertos países, la confusión de lenguas es más grande aun; en Macedonia se encuentran todas las lenguas imaginables: el turco, el búlgaro, el servio, el griego, el albanés, el rumano, etc., mezclados de maneras diversas, según las regiones. Con todo esto se llega a la conclusión de que los idiomas no tienen límites naturales. Mucho menos los tienen los dialectos.

Pasando al estudio retrospectivo de las lenguas, puede notarse que en sus principios la lingüística indo-europea no comprendió el verdadero fin de la comparación ni la importancia del método reconstitutivo. Es lo que explica uno de sus errores más notables: el papel exagerado y casi exclusivo que se acordó al sánscrito en las comparaciones; como es el más

antiguo documento del indoeuropeo, ese documento fué promovido a la dignidad de prototipo. Una cosa es suponer la existencia del indoeuropeo, dando nacimiento al sánscrito, al griego, al latín, al eslavo, al céltico, al germánico, y otra poner a uno de estos idiomas en lugar del indoeuropeo. Esta confusión grosera tuvo consecuencias tan diversas como profundas. . . Por otra parte, si el solo objeto de reconstruir es de comparar, recíprocamente la comparación no tiene otro fin que lograr una reconstrucción. So pena de ser estériles, las correspondencias comprobadas entre varias formas deben ser colocadas en la perspectiva del tiempo y tender al restablecimiento de una forma única. Así, para explicar el latín *medius* en frente del griego *mesos* ha sido necesario tomar un término más antiguo, el indoeuropeo *methyos*, susceptible de ser ligado históricamente a *medius* y *mesos*. Si en lugar de comparar dos palabras de lenguas diferentes se confrontan dos formas tomadas en una sola, la misma comprobación se impone; así en latín *gero* y *gestus* hacen remontar a un radical indoeuropeo *ges*, antes común a las dos formas.

La principal consecuencia, y muy importante, del estudio retrospectivo de las lenguas es que se pueden sacar conclusiones étnicas. Por ejemplo, el hecho de que las lenguas indoeuropeas formen una sola familia, nos hacen pensar en un etnismo primitivo, del cual vendrían todas las naciones que hablan hoy esas lenguas. Mediante estos estudios, podemos también afirmar que en los indoeuropeos la familia era una institución tan compleja como regular, pues su lengua conoce a este respecto matices que nosotros no podemos dar. En Homero *eináteres* quiere decir «cuñadas» en el sentido de «mujeres de varios hermanos» y *galooi* «cuñadas» en el sentido de «mujer y hermana del marido entre ellas»; pues bien, el latín *janitricēs* corresponde a *eináteres* por la forma y la significación. Igualmente, el «cuñado, marido de la hermana» no lleva el mismo nombre que los «cuñados, maridos de varias hermanas entre ellas». Vale la pena añadir aquí otro hecho morfológico que tiene ese doble carácter de estar limitado a una zona determinada y de tocar a un punto de organización social. A pesar de todo lo que se ha dicho sobre el lazo que une a *dominus* (señor) con *domus* (la casa, el hogar), los lingüistas no se muestran plenamente satisfechos, porque es de lo más extraordinario ver un subfijo *no* formar derivados secundarios; pero es precisamente esta rareza lo que da al subfijo de *dominus* su valor y su relieve. En germánico, ese subfijo secundario *no* se añade a cualquier vocablo para dar el sentido

de «jefe de tal o cual comunidad». No queda sino comprobar que en latín *tribunus* significa literalmente «jefe de la tribu», y *dominus* «jefe de la *domus*». *Dominus*, con su singular subfijo, es una prueba muy difícilmente refutable, no sólo de una comunidad lingüística sino de una comunidad de instituciones entre el etnismo itálico y el etnismo germánico.

Para terminar, hay que insistir en que ninguna familia de lenguas pertenece de derecho y de una vez por todas a un tipo lingüístico. Preguntar a qué tipo se asimila un grupo de lenguas es olvidar que las lenguas evolucionan, es subentender que habría en esta evolución un elemento de estabilidad: ningún carácter es permanente de derecho, no puede persistir sino por casualidad. Sea, por ejemplo, la familia indo-europea; se conocen los caracteres distintivos de la lengua de la cual salió; el sistema de los sonidos es de una gran sobriedad; nada de grupos complicados de consonantes ni de consonantes dobles; un vocalismo monótono, pero que da lugar a un juego de alternancias extremadamente regulares y profundamente gramaticales; un acento de elevación, que puede colocarse, en principio, sobre cualquier sílaba de la palabra y contribuye, en consecuencia, al juego de las oposiciones gramaticales; un ritmo cuantitativo, que reposa únicamente sobre la oposición de las sílabas largas y breves; gran facilidad para formar compuestos y derivados; la flexión nominal y verbal es muy rica; la palabra flexionada, como lleva en ella misma sus determinaciones, es autónoma en la frase, de donde gran libertad de construcción y rareza de palabras gramaticales con un valor determinativo o relacional (preverbos, preposiciones, etc.). Pues bien, se ve fácilmente que ninguno de esos caracteres se ha mantenido integralmente en las diversas lenguas indo-europeas; que varios (por ejemplo el papel del ritmo cuantitativo y del acento de elevación) no se encuentran en ninguna; varias de ellas han alterado el aspecto primitivo del indo-europeo hasta el punto de pensar en un tipo lingüístico enteramente diferente, por ejemplo el inglés, el armenio, el irlandés, etc. Sería más legítimo hablar de ciertas transformaciones más o menos comunes a las diversas lenguas de una familia. Así el debilitamiento progresivo del mecanismo flexional es general en las lenguas indo-europeas, bien que ellas presenten a este respecto diferencias notables: es el eslavo el que ha resistido mejor, mientras que el inglés ha reducido la flexión a casi nada. En compensación, hemos visto establecerse, muy generalmente también, un orden más o menos fijo para la construcción de las frases, y los procedimientos analíticos de ex-

presión han tendido a reemplazar los procedimientos sintéticos (valores casuales dados por preposiciones, formas verbales compuestas por medio de auxiliares, etc.). Hemos visto que un rasgo del prototipo puede no encontrarse en tal o cual lengua derivada: la inversa es igualmente verdad. No es raro comprobar que los rasgos comunes a todos los representantes de una familia sean extraños al idioma primitivo; es el caso de la armonía vocálica (es decir, una cierta asimilación del timbre de todas las vocales de los subfijos de una palabra a la última vocal del elemento radical). Este fenómeno se encuentra en el uralo - altaico, vasto grupo de lenguas habladas en Europa y en Asia, desde Finlandia a Manchuria; pero ese carácter resaltante es debido, según toda probabilidad, a desarrollos ulteriores; sería, pues, un rasgo común sin ser un rasgo original, a tal punto que no puede ser invocado para probar el origen común (muy discutido) de esas lenguas, ni tampoco su carácter aglutinativo. Se ha reconocido igualmente que el chino no siempre ha sido monosilábico. Por otra parte, cuando se comparan las lenguas semíticas con el prototipo reconstituído, uno se sorprende a primera vista ante la persistencia de ciertos caracteres; más que todas las otras familias, ésta da la ilusión de un tipo inmutable, permanente, inherente a la familia. Se le reconoce en los rasgos siguientes, varios de los cuales se oponen de una manera notable a los del indo - europeo: ausencia casi total de compuestos, uso restringido de la derivación; flexión poco desarrollada (más, no obstante, en protosemita que en las lenguas hijas) de donde un orden de palabras ligado a reglas estrictas. El rasgo más notable concierne a la constitución de las raíces; ellas encierran regularmente tres consonantes (por ejemplo, *q - t - l* «matar») que persisten en todas las formas en el interior de un mismo idioma (v. g. hebreo *qatal, qatla, qtol, qiti*, etc.) y de un idioma a otro (ejemplo: árabe *qatala, qutla*, etc.). A pesar de estos hechos, hay que mantener el principio ya enunciado: no hay caracteres inmutables; la permanencia es un efecto del azar. Si un carácter se mantiene en el tiempo, puede también perfectamente desaparecer con el tiempo. Y, por lo demás, la inmutabilidad de las tres consonantes en semítico no es sino aproximativa, y no tienen nada de absoluto: en hebreo, por ejemplo, si la raíz de 'anas - im (1) «hombres» presenta las tres consonantes esperadas, su singular *is* no ofrece sino dos; es la reducción fonética de una forma más antigua que conte-

(1) El signo ' designa la alef, o sea la oclusiva glotal que corresponde a la del espíritu suave de los griegos.

nía tres. Por lo demás, aun admitiendo esta casi - inmutabilidad, ¿se debe ver en ello un carácter impuesto a las raíces? No; ocurre simplemente que las lenguas semíticas han sufrido menos alteraciones fonéticas que muchas otras y que las consonantes han sido mejor conservadas en ese grupo que en otros. Se trata, pues, de un fenómeno evolutivo, fonético, y no gramatical ni permanente. Proclama la inmutabilidad de las raíces, es decir, que ellas no han sufrido cambios fonéticos, nada más; y no se puede jurar que esos cambios no se producirán nunca. De un modo general, todo lo que el tiempo hace, el tiempo lo puede deshacer o transformar.

Hasta aquí de Saussure. El resumen que hemos dado constituye la parte principal, lo más saliente, de sus lecciones en la Universidad de Ginebra desde 1906 hasta 1911, lecciones publicadas después de su muerte por sus principales discípulos. Las opiniones de F. de Saussure, producto de largos y pacientes estudios comparativos de las lenguas indo - europeas y semíticas, vinieron a destruir varias teorías. De Saussure se ciñe a los hechos, solo los hechos le importan; nunca su fantasía lo lleva a disquisiciones, a suposiciones. Por eso ni siquiera entra a discutir los problemas insolubles del origen del lenguaje y de la comunidad de todas las lenguas, y los principios que sienta son bastante razonados.

Interesante es ahora aplicar algunas de sus conclusiones al idioma castellano.

* * *

En España, como en Francia, hay una Academia cuyo fin principal es *fijar* la lengua, es decir impedir sus alteraciones formal y de sentido. Fuera de las Academias hay grupos de escritores, llamados *puristas*, listos, escoba en mano, para barrer toda incorrección, todo vocablo intruso. ¡Inútil empeño! En manos de la masa parlante, el idioma sigue evolucionando, transformándose, y en cada caso de transformación de los vocablos, a la Academia no le queda más que inclinarse: *vox populi, vox dei!* Y así en su haber no hay sino millones de derrotas. Innumerables son los ejemplos. Citaremos algunos, empezando por los cambios de sentido.

Muy conocido, y muy vituperado por los puristas, es el caso de «nimio», vocablo que usa todo el mundo, incluso los literatos, para significar precisamente lo contrario de lo que reza su etimología. «Algido» viene del latín *algidus*, «frío», y se le emplea corrientemente en el sentido de «ardiente, inten-

so». Estos dos casos no son aceptados por la Academia, pero tendrá que aceptarlos, como ha aceptado los cambios de significación que vienen en seguida, entre muchos otros. «Pulcro» viene del latín *pulcher*, «hermoso», y ya nadie lo usa en este sentido sino en el de «meticulosidad en el arreglo de la persona». «Flamante» significa etimológicamente «que arroja llamas», y ha pasado a ser un término burlesco. Antiguamente se le usaba en el mismo sentido que decimos hoy «llameante». «Semblante» viene del latín *similans*, «semejanza», y en el sentido de semejanza se le empleó en los primeros tiempos del castellano, como lo atestigua la literatura primitiva. «Virtud», de *virtus*, cualidad propia del *vir*, «varón», debería emplearse sólo para señalar las proezas varoniles: el heroísmo, la fuerza, etc., y es más común aplicarlo a las mujeres. «Pueril» tiene su origen en el latín *puer*, «niño»; pero no se aplica ya a lo que concierne a la niñez: sería impropio decir: «literatura pueril, juegos pueriles», etc. Su sinónimo es más bien «fútil», lo que no tiene valor en ningún sentido. «Sórdido» proviene de *sordidus*, «sucio»; y parece ser ya sólo un adjetivo inseparable de la avaricia y un poco de la pobreza, y seguramente la inmensa mayoría ignora la verdadera acepción del vocablo. «Imbécil» deriva de *imbecillis*, «débil, falta de fuerzas», y la prueba está en que «imbecilidad» figura en el diccionario con la acepción: «flaqueza, debilidad». Su sinónimo «idiota» viene de una palabra griega que significa «la índole particular de alguien o cada uno». Y en cuanto a «necio» viene del latín *nescius* «el que no sabe»: una cosa es la ignorancia y otra la tontería. . . . «Beato» proviene de *beatus*, «feliz», y en este sentido se le usó en los primeros tiempos del idioma; no hay por qué, pues, aplicarlo a una persona excesivamente religiosa, en forma despectiva. Naturalmente que sería lógico emplearlo en sentido recto. En cambio, «beatitud» conserva su acepción verdadera. «Miserable», de *miserabilis*, significa a la letra «digno de compasión», o más bien «un hombre en la última pobreza». Ahora ha pasado a ser sinónimo al mismo tiempo de «canalla» y de «avaro». «Exito», de *exitus*, pasó al castellano con la misma acepción latina: «el término, el resultado de un asunto»; ahora es sinónimo de «triunfo». *Alharaca* es «movimiento» en árabe, y no gran bullicio. «Novia» tiene su origen en la dicción latina *nova nupta*, «la nueva casada», pero se le usa con más frecuencia en el sentido de «prometida». «Gratificar» es literalmente «hacer un favor», de *gratia*, «favor», y *facere*, «hacer». Para el sentido que nosotros le damos, los latinos te-

nían otro término como *retribuere, compensare*. Cualquiera creería que «conato» viene de algo que signifique «intento» o algo parecido; no: de *conari*, «esforzarse por la ejecución de alguna cosa». Estamos usando «anhelo» en el sentido de «ideal», y sólo es propio para indicar un deseo imperioso, pues deriva de *anhelare*, «respirar con ansias». El verbo latino *capere*, origen de «caber», tiene la acepción de «coger, tomar». En el español antiguo se usaba «caber» con las siguientes acepciones: «admitir, comprender, concurrir». Para el significado actual, el latín tiene *continere*.

Pero es indudable que en la gran mayoría de los casos en que un vocablo cambia de sentido, o se le da uno nuevo, sin que pierda el antiguo, se ha procedido ajustándose a la lógica: en realidad ninguna palabra cambia de sentido al azar; siempre hay una causa más o menos justificada. Así cuando empleamos el término «revolución» en el sentido de «girar, volver al mismo punto», estamos conformes con la etimología: *re-volu-tio*, «movimiento de rotación»; pero aparentemente no en el sentido de «desorden, trastorno violento de lo establecido». Ahora si hacemos girar el agua dentro de un vaso, el líquido efectuará una revolución, o más bien una serie de revoluciones, y el resultado será que nada quedará quieto en sí: hemos introducido el desorden en el agua. La segunda acepción se comprende entonces fácilmente. «Infante» viene de *in fans*, «que no habla» y parecería estar mal aplicado al soldado de a pie; pero no es así: el soldado clásico es el de infantería, y como tal soldado debe obedecer sin hablar. «Referir» deriva de *referre*, «volver a llevar», y parece no cuadrar mucho en el sentido de «relatar, contar» y se usa realmente en propiedad, porque al referir algo volvemos a llevar los hechos en el orden que ocurrieron. «Vil» procede de *vilis*, «barato», y está bien aplicado como sinónimo de «infame, canalla», etc., porque un hombre capaz de venderse a bajo precio es efectivamente muy despreciable. «Cándido», de *candidus*, «blanco», se le usa en el sentido de simple, sin alcances: tal vez se quiere indicar un cerebro enteramente blanco, sin la materia gris donde reside la inteligencia. «Residir» viene de *residere*, «volver sentarse»: la residencia es, realmente, allí donde el hombre vuelve a sentarse cada día. «Superstición», de *superstitio*, no significa «lo falso» como podría creerse, sino «lo que sobrevive». Y, en efecto, las creencias en lo fantástico nunc mueren. Más propio aun es el término «abusión» usado por los campesinos de Chile, porque viene de *abusio*, «contra el uso». Cuando usamos «señor» en el sentido del amo, el propietario, no esta-

mos muy conformes con la etimología: *senior*, «el más viejo»; pero somos perfectamente lógicos al aplicarle el término a Dios, más que los latinos que lo llamaban *Dominus*, «el jefe de la casa». «Sermón» viene de *sermo*, «conversación, plática», pero como se ha dejado el vocablo sólo para designar los discursos eclesiásticos, que por lo común son admonitorios, hemos formado el verbo «sermonear» sinónimo de «reprender». Origen de «conversar»: *convertere*, «dar vueltas», y en efecto, en la charla se da vueltas al rededor de muchas cosas.

Semántica se llama la parte de la lingüística que estudia estos cambios de sentido en las palabras. La «semántica» es, en realidad, lo más instructivo de esta ciencia, y también lo más ameno. El origen de muchos vocablos es de lo más inesperado. ¿Quién podría figurarse que «clásico» viene de un vocablo latino *classicus*, que era el nombre de la trompeta usada en la marina de guerra? Pero como esta trompeta o este «cuerno naval» era usado en ocasiones solemnes, «clásico» en los tiempos modernos se aplicó a lo consagrado, lo selecto. *Fiscus* era el nombre de un pequeño cesto en que los romanos acostumbraban a guardar sus economías, y el término pasó a servir para designar el tesoro público, que no es precisamente un ahorro. *Fiscus* era, pues, para los romanos lo que es hoy nuestra «alcancía», cuyo nombre proviene del árabe *alkanc*, «tesoro escondido». «Alcanzar», se formó de una dicción latina *ad calcis*, «a talón». El vocablo latino *bombus*, que engendró nuestra «bomba», significaba «ruido, zumbido». «Capricho» deriva de *caprice*, «cabra». La etimología de «bisño» es un poco complicada; viene del francés *béjaune*, aglutinación de *bec*, «pico», y *jaune*, «amarillo», y cuyo significado es «pájaro muy joven» y por extensión «mozo ignorante o simple». Nuestra «dama» también ha pasado por el francés: viene de *dame*, engendrado por el latín *domina*, «señora». Otro vocablo de origen francés es «charretera», y lo divertido es que su modelo es *jarretière*, «liga». Del inglés *flirt* hemos formado el verbo «flirtear», y el inglés, a su vez, tomó su vocablo del antiguo francés *fleurêter*, «echar flores, galantear». Y en francés moderno existe también el verbo *flirter*, con la misma acepción. Cuando se dice «hacer la chancha», por «faltar con engaño a la escuela», no se alude para nada a la hembra del cerdo. «Chancha» en este caso viene del italiano *ciancia*, «broma, embuste». El verbo «cimbrar» tiene su origen en el antiguo alto - alemán *cimbran*, «construir con madera». Y como todas las construcciones con madera se estremecen o tiemblan sin mucho esfuerzo . . . «Azafate» viene del árabe

açafal, que no es precisamente el nombre de una fuente de loza sino de un cesto de mimbre. «Chimenea» deriva, según el léxico, del bajo latín *caminata*, corrupción del latín *caminus*, engendrado por el griego *kámino*, «horno». Pues bien, «camino» viene también del vocablo latino *caminus*, que en esta acepción trae su origen del celta *cam*, «paso». «Ahogar» nada tiene que ver con el agua: nació de *ad focus*, «a fuego». Tampoco «horchata» nada tiene que ver con las almendras: fué engendrada por *hordeum*, «cebada». Y nuestro vocablo «cebada» viene de *cebus*, «comida». Más curioso es el origen de *túnel* palabra inglesa formada por anglinización de la española «tonel». No se crea que la etimología de «arquitectura» es el arte de construir edificios. Viene del griego *archós*, «jefe», y *tektion*, «obrero», de modo que el arquitecto era una especie de mayordomo.

Puede observarse que hay dos partes de nuestro cuerpo que han dado lugar a muchos vocablos: la cabeza y el corazón. De cabeza (latín *caput* y griego *kefalos*) derivan todas las palabras que encierran la idea de mando activo: jefe, capitán, capataz, caudillo, cabo, caporal, etc.; que en cuanto al mando pasivo está representado por «presidente», de *pre-sider*, «sentarse adelante». De corazón (latín *cor*) deriva lo que tiene relación con los afectos, como «cordialidad»; pero lo curioso es que también palabras que tienen relación con el cerebro, como «cordura» y «recordar».

En varios grados de parentesco no hay correspondencia entre el latín y el español. Así, «cuñado» viene de *cognatis*, «pariente» en general. «Cuñado» en latín es *levir* y «cuñada» *glos*. «Pariente» viene de *parens*, «el padre y la madre». «Hermano» en general es *frater* y «hermana» *soror*. El español «hermano» viene de *germanus*, «hermano de padre y madre». Los «primos» eran llamados *consobrinus* en latín, y naturalmente *consobrinus primus*, a los en primer grado.

Hay casos en que se producen inversiones de términos al pasar dos vocablos de un idioma a otro. Así, «dado» viene del árabe *dadd*, «juego», y «azar» de *azahr*, «dado».

El estudio etimológico de los vocablos nos lleva muchas veces a saludables comprobaciones. ¡Cómo aparece, por ejemplo, evidente la humildad de la iglesia cristiana! Principiemos por «iglesia», que significa en griego «asamblea popular», «convento» del latín *conventus*, «congregación». «Papa» deriva de «padre»; «cardenal» deriva de un término latino que venía a significar «el que no se mueve de la residencia donde está de servicio», o sea, el que no se mueve de la mansión del

Papa. «Obispo», del griego *epi*, «sobre» y *skopos*, «yo observo», o sea, «el vigilante que mira desde lo alto»; «presbítero»: el de más edad; «clérigo»: designado a la suerte; «fraile»: hermano; «sor»: hermana; «diácono»: sirviente; «monje»: solitario.

Afirma de Saussure que un vocablo de la lengua madre no da nacimiento simultáneamente sino a otro vocablo de la lengua hija: realmente no se produce una bifurcación; pero ocurre que una palabra pasa sin modificación al idioma hijo, y después se corrompe, quedando subsistentes las dos formas. Tal pasó con el latín *collecta*, del que salió el español «colecta». Este vocablo se corrompió después y se formó «cosecha», pero sólo para designar la recolección de las mieses, y quedó subsistente «colecta» para toda otra recolección, especialmente la de dinero. Igual ocurrió con *ánima*, que pasó en idéntica forma al español, pero se corrompió después y se formó «alma»; quedando la forma primitiva para indicar el alma fuera del cuerpo: «ánima en pena, ánima del Purgatorio», etc. De mayor entidad aún es lo ocurrido con *causa*, que pasó al español con idéntica forma y sentido; pero que dió lugar a una palabra con significado tan diverso como «cosa», vocablo representado en latín por *res*.

Entre las curiosidades de la lengua están las palabras que tienen origen diferente, según la acepción con que se las use. Tal pasa con «duelo», que en la acepción de «pesadumbre» es un simple derivado de «dolor» y en la de «lucha», viene del latín *duellum*, «combate». Otro ejemplo: «casar» en el sentido de «ligar en matrimonio» deriva de «casa»; y en el de «anular una sentencia», del latín *casare*, «romper».

Desde hace unos veinte años, don Emilio Vaïse viene predicando la necesidad de saber latín si se quiere escribir correctamente. ¡Cuánta razón tiene! Literatos fogueados suelen caer en el renuncio de escribir «sabor insípido», sin fijarse que sería lo mismo que si dijeran «color incoloro». Es frecuente que se emplee el término «genuflexión» en el sentido de hacer reverencias o de doblar la cerviz, porque se ignora que *genu* en latín es «rodilla». Muchos creen también que «vapular» equivale a «apalear»: viene de *vapulatio*, «el acto de azotar». Es corriente leer frases como ésta: «Fulano recibió grandes ovaciones». Un disparate, porque «ovación» viene de *ovatio*, «el triunfo menor»; de modo que no se le puede usar en el sentido de «aplausos» o «palmadas», ni tampoco para indicar un gran triunfo. Otra palabra muy usada en el periodismo es «apoteosis», para indicar un «homenaje»; y la

etimología nos dice que dicho vocablo viene del griego *apothēsis*, «comparar o poner a la altura de un dios».

Por lo que se refiere a los cambios formales sufridos por nuestro idioma a través del tiempo, no es necesario remontarse muchos siglos para comprobarlos. Basta abrir cualquier libro del siglo XVII, el *Quijote*, por ejemplo. Y algunos vocablos se han transformado tanto que apenas si queda una letra del modelo..., o ninguna. ¿Cómo figurarse que «chuzo» viene de *gaesum*? «Chivo» tiene por origen *capreolus*; «amarillo» el árabe *aubari* y «ajenjo» el griego *apsinthion*. La modificación de otros ha ido tan lejos, que su origen sigue siendo un misterio: tal pasa con palabras de uso tan corriente como «perro» y «bruja».

Sólo que, como lo establece de Saussure, la analogía impone reglas a todos estos cambios. De como la analogía establece leyes, puede observarse en el uso de los subfijos *ista* y *ero*. Se le da la terminación *ista* a todo vocablo que indique una profesión noble, o para la que se necesite cierta instrucción; y la de *ero* al que indique un oficio manual o bajo. Para la primera ha servido de base, probablemente «artista», y para la segunda «obrero». Otra prueba: el subfijo *ista*, más aristocrático, no se le puede aplicar sino a personas: decir «una carrera *automovilista*» choca inmediatamente, y se impone otro subfijo especial: *ística*. *Ero*, por el contrario, se le puede aplicar también a cosas: «florero», «cenicero», etc. El vocablo «sastre», que indica también un oficio manual, es sólo una excepción aparente: viene del latín *sartor*, «costurero». Y «costureros» eran llamados los sastres antiguamente. Otra excepción es «albañil», vocablo tomado del árabe.

El imperio de la analogía puede observarse mejor en los cambios experimentados por las palabras que han pasado del árabe al español: su diferente fonética no ha impedido que se las mida con la misma vara que al latín. Así, toda doble *n* latina se ha convertido en *ñ*: *canna*, «caña»; *cannabio*: «cáñamo», etc. Igual ocurre con el árabe: *al-banni*, «albañil». La *g* latina se cambia generalmente en *c*: *Gades*, «Cádiz»; *argilla*: «arcilla». Árabe: *al-gadi*: «álcali»; *al-gobba*: «alcoba». Mas frecuente es aun que, recíprocamente, la *c* latina se cambie en *g* al pasar al castellano: *catus*, «gato». Árabe: *al-coton*, «algodón». En el mismo vocablo «alcoton» se ve el cambio de *t* en *d* al pasar al español. El modelo fué dado también por el latín: *charitas*: «caridad»; *citreum*: «cidra». La *h*, que era aspirada en latín, pasó a ser muda en español: se la conservó en la escritura, por simple fanatismo etimológico:

homo, «hombre», etc. En árabe la *h* tiene un sonido gutural, parecido al de nuestra *j*; pero la hemos conservado en la escritura, sin pronunciarla: *al-mihada*: «almohada»; *al-kohol*: «alcohol», etc. Solo que, seguramente por razones fonéticas, la *h* árabe se ha cambiado en *f* después del artículo definido *al*: *alhilel*, «alfiler»; *alhomra*: «alfombra»; *alhorza*: «alforza». La *x* latina pasó a ser *j* en español: *exemplum*: «ejemplo»; *axis*: «eje». Árabe: *axuar*: «ajuar»; *ahaxar*: «ajar». La *j* árabe se ha convertido en *h*: *aljucema*: «alhucema». La similitud está en la *g* latina en su sonido fuerte: *gelidus*, «helado». En cuanto a la *j* latina, como tiene el sonido de *y*, en *y* se convirtió al pasar al español: *jugum*, «yugo».

Una particularidad de gran parte de las palabras derivadas del árabe es que han conservado el artículo definido *al*: «almacén», «alcohol», «alazán», «alcatraz», «alfombra», etc. Pues bien, se ha agregado este artículo árabe aun a las palabras de otro origen, y se ha formado un híbrido: «almuerzo», de *al*, árabe, y *morso*, latín «bocado». Con otras palabras derivadas del latín o del griego ha pasado algo parecido: «alma» de *anima*; «almidón», de *amydon*; «almendra» de *amygdala*.

Y es la analogía también la causante de que los niños se equivoquen. El niño tiende a convertir en regulares los verbos irregulares. Así dice «yo cabo» por «yo quepo». La etimología le da, por lo demás, la razón a los niños, porque *capere*, origen de «caber», es verbo regular en latín.

* * *

Si comparamos las lenguas latinas con las germánicas, sacaremos en conclusión que éstas se hallan en mejor situación para formar vocablos nuevos. En español, como en francés, recargamos de preposiciones las frases, por la poca facilidad para aglutinar vocablos. Las aglutinaciones que podemos citar en español son muy pocas: las más características son «hidalgo» («hijo de algo») y «usted» («vuestra merced»). Hay quienes sostienen que «Don» no vendría de *dominus*, «señor», sino que habría sido formado por las iniciales D.O.N. que se agregaban antiguamente al término «señor» y antes del nombre de pila, para indicar «de origen noble», cuando se escribía a una persona de la nobleza. Sería ésta, en tal caso, la más acabada aglutinación.

Esta poca facilidad para componer nuevos vocablos, juntando o aglutinando otros, nos lleva naturalmente a echar mano de los extranjeros. Es justificado entonces que digamos «cho-

fer», recurriendo al francés y adaptando el vocablo al genio de la lengua en vez de «manejador de automóvil». Y más justificado todavía que usemos los mismos términos deportivos del inglés para los deportes ingleses, y no les busquemos traducciones que resultan a veces disparatadas, así como los ingleses tampoco traducen cuando se trata del deporte característico de España, y escriben *torero*, *matador*, *corrida*, etc. El clamor de los puristas no da resultado porque, el uso concluye por imponerse.

Por el contrario, en vez de poner cortapisas a estos préstamos de vocablos de un idioma a otro, valdría la pena que se estimulara un intercambio entre el francés y el español, idiomas que, como hijos de una misma madre, adolecen de la misma debilidad. Si para nosotros es más cómodo decir «matinée» en vez de «fiesta en el día» o «posar» en vez de «colocarse ante el fotógrafo», también sería cómodo para los franceses decir «leña», por ejemplo, en vez de *bois à bruler*, o «taco» en vez de *queue de billard*. La repetición de preposiciones, conjunciones, etc., quita elegancia a las lenguas, y da lugar a repeticiones y cacofonías. En este sentido, con su rica declinación nominal, ¡cuán superior es el latín! Habría sido esa lengua una madre robusta que dió a luz hijos raquíticos... Y de de esto resulta una gran paradoja: el progreso para las lenguas romances sería volver hacia atrás.